

Poemas de Adán Silva Mercado

Sabores

Sangre
Salobre
Salada
Sal pura
Que satura
De amargura
Mi corazón esponja
Amarga toronja
Hipócrita lisonja amada
Sangre salobre salada.

Canto a Penélope, la mujer nueva

Penélope, recuerdo tu tersura,
Tus ojos de miel y ámbar,
El cristal puro de tu voz.

Penélope, alba de mis días:
Tu silencio que grita de mi norte
Jamás podrá callarse. Siempre escucha
Mi alma apasionada y oye cantos
De sirena enamorada...
Recuerdo todo esto y me pregunto:
¿hasta cuándo, mujer alba, hasta cuándo
trascenderás el espejismo etéreo del vacío
y te concretarás, cálida y radiante,
con tus labios sensuales
a escasos centímetros de los míos?

Compañera dulce, bella, inteligente,
De manos que saben acariciar
Pero, además, cocinar, tejer, curar,
Manejar la pluma y el A.K.A., pescar,
Cortar algodón, desgranar café,
Accionar tractores y computadoras.
De palabras que son música a mis oídos,
Pero sabías consejeras de mis empresas.
De pies adorables, dignos de tal reina,
Pero que saben caminar duras jornadas
Y pisar sobre el lagar repleto de uvas...

...Penélope...¿Hasta cuándo...?
Porque el mar se llama Penélope,
El aire se llama Penélope,
El sol se llama Penélope,
La noche se llama Penélope.

Y, no obstante,

Al extenderte mis brazos
Te volvéis intangible como el viento...

La Selva es ...

Guacamayos, ceibas, jaguares,
Ariscos venados;
Platanares que cubren lugares
De fieros reinados...
Selva mía, fecunda,
Hermana de los mares
En donde a mares abunda
Tu fertilidad,
¡escucha los férvidos cantares
de mi mocedad!

¡Avancen!

A machetazo limpio
Se va avanzando...
Charral, manigua y selva
Se abren a nuestro paso.
A machetazo limpio
Del diestro brazo,
¡a machetazo!

¡¡Muerte al cansancio,
a la rutina!!
¡muerte el desánimo!
¡muerte a la incomunicación!
¡muerte al silencio estéril,
al acomodamiento!
¡muerte a la lentitud,
al arribismo!
¡muerte a la prepotencia
y a todas las malas yerbas!

A machetazo limpio
Vamos limpiando el paso.
¡A machetazo!

Invocación

Vengan las regias plumas
Sobre mi testa altiva.

De Tlaloc la piel manchada
Sobre mis hombros caiga.

Y de mis enemigos ruede
la sangre esquiva

cuyo corazón humeante
mi mano extraiga...

Oscura, fresca, expectante, es la selva.
Sinfónica salvaje que toca una overtura
En sotto voce, crescendo y decrescendo,
Con retumbos percutores, sonidos peregrinos,
Silbidos misteriosos, staccatos de peligro,
quejidos casi voces, es la selva...

Con pies de puma avanza la exploración:
Pies de puma y cebollas de tigre.
Dos mortales enemigos:
el jaguar contra la terciopelo.
La garra poderosa contra el veneno fulminante.
Y entremedio
El pavón macho pico amarillo,
De negro plumaje azabache;
Los zahinos de erizadas cerdas,
Los chanchos guaríes de chasqueantes fauces,
El danto corpulento de granito
En cuyo lomo no entran
Ni felinos colmillos, ni punzantes espinas.
Los venados gráciles y esbeltos
Que resumen la pureza de la selva.
Cuando miran con grandes ojos ingenuos
De muchachas campesinas.
Las temibles divisiones de hormigas guerreadoras:
Por donde pasan
No queda ni reptil ni insecto vivo.
Y en el techo verde
Adornado de lianas y orquídeas colgantes,
Monos bayos, cuyuses, lapas, loros...

La exploración avanza
sobre pantanos de aguas verdosas
Y se pierde por tupidos bambuzales
de punzantes garfios verdes
que rasgan músculos y sacan ojos:
hasta las plantas tienen derecho a defenderse.

(...)

Y mis combatientes
Son curiosos alumnos del ecosistema.
A veces obvian el enemigo
Y maravillados observan el venado puco,
Relampagueante parábola rojiza,
Saltar con olímpica belleza,
O el oscuro caoba centenario
Desde donde nos miran monitos cariblancos.
Son casi chavalos de un quinto grado,
Pero cómo dictan cátedra de patriotismo
En la universidad grandiosa de la selva.

Van chupando cogollos de cañagria,
Cortan alguna flor de platanillo rojo-bermellón,
O calalas verdes, ácidas,
Enredadas en las palmas "suitas"... El niño
Que llevan dentro, reprimido,
Producto de un sistema equivocado,
Cómo sale a jugar a la hora del descanso...

Así es la selva: perfumada y romántica,
Novia de velo verde,
Violenta amante, acogedora esposa.
"Hay que aprender a quererla" –decía el viejo Chano–
amarla en su armonioso desorden,
amarla como ella es: la selva es mujer".
Oscuro luce su traje centenario de esmeraldas y jade,
De árboles encantados con hojas de malaquita.
Hiedras de hojas brillantes y lianas de color turquesa
Son sus collares y se atavía
Con orquídeas prendidas a sus cabellos.

El fognazo escarlata
Del lomo de algún pájaro sargento
rompe la magia verde de aquel mundo encantado...

Sumergidos en ese mundo de misterio y de vida
No se logra saber
Hasta dónde es el sonido parte del silencio,
Y cuál será más elocuente.

Un canto de tucán suplica lastimero,
El hermoso tucán pico manchado...

